

# DUSKFORD

No consigo recordar cuando me mude a Duskford. Aún parece que fue ayer cuando llegué a este lugar. La vida en Berlín nunca fue algo a lo que me acostumbrara por completo. Ser contable en una empresa y someterme al sistema jamás fue algo que ni yo de 17 años se hubiera esperado. Siempre quise luchar contra la conformidad, pero en esta sociedad seguir tus sueños no llena tu estómago, tampoco te da un techo bajo el que dormir. No pensé que duraría tanto tiempo reprimido, aunque muchas veces me pregunté si debería resignar. Emily quería una familia, un coche y una casa grande, el perfecto sueño americano. Yo por ella daría cualquier cosa, quería verla feliz, pero supongo que ese bello velo de felicidad que puse sobre sus ojos no dura mucho si tu propia felicidad es el precio. Yo siempre quise viajar, ser un hombre libre y escapar de las reglas y normas sociales, lo que hizo que jamás encajase en la sociedad, así que nunca esperé que me aceptaran. Simplemente, tuve que aprender a vivir en ella. Con el paso del tiempo, el café era la sangre de mis venas, el cansancio mi titiritero y el amor se fue desvaneciendo. Emily se marchó. Yo, me quedé solo.

Entonces partí, lo deje todo atrás y vine a este pueblo, Duskford. Un sitio alejado de toda la sociedad, sumergido en una niebla densa, a veces, ahogadiza. Muchos podrían considerarlo un sitio triste y desolado, pero supongo que ese es su encanto. Casas viejas y calles siempre vacías, un pueblo tranquilo y perfecto para alguien solitario como yo.

No le dije a nadie que me fui, no lo vi necesario, pues simplemente visitaría a mis padres en Navidad y en cumpleaños. No es como si mantuviéramos mucho el contacto durante el resto del año.

Duskford es, sin duda, un sitio sombrío, desolado y frío. Esa clase de frío que te hiela los huesos y perdura. No me desagradan, nunca viví en un sitio muy caluroso y las mantas que dejó el dueño en la casa son suficientes para lidiar con ello.

Cuando dejé Berlín y llegue aquí nunca supe que nunca volvería +  
dejado atrás todo aquello que no me hacía feliz. Intenté empezar de  
nuevo, una nueva vida alejada de la bulliciosa ciudad. Compré una  
casa, la cual pertenecía a un hombre mayor de carácter frío y quizá  
descortés o simplemente desinteresado. Su casa representaba todo  
aquello, sus paredes y suelos de madera húmeda y gris por el paso  
del tiempo, sus ventanas pequeñas siempre nubladas y la falta de  
muebles y decoración hacían que fuera un lugar bastante melancólico,  
si es que así se puede llamar.

Me lo quise tomar con paciencia, dejar que ese ambiente me consolara.  
Un sitio tranquilo, donde las cosas irían a mi ritmo, sin prisa, sin  
fechas de entrega, ni responsabilidades, solo yo y mis pensamientos.  
Escribir siempre había sido algo que formaba parte de mí. Desde  
la adolescencia lo use como escape de una realidad que yo no con-  
trolaba, una realidad en la que mis ideales y yo nos sentíamos in-  
comprendidos. Por ello, empecé a escribir en Duskford. Era una gran  
manera de pasar el rato y expresar lo que sentía. Por primera vez  
en muchos años estar allí me había ayudado a encontrar y sentir  
paz, una extraña, pero ese pueblo me había invitado a formar parte  
de ese mundo en el que no hacía falta que importara nada, pues,  
¿acaso algo lo hacía allí?

Nunca fui muy social, siempre tuve problemas leyendo a la gente, no  
saber lo que pensaban era algo asfixiante, ahora lo único asfixiante  
es la niebla de aquí. Al contrario que Berlín, aquí no hay gente en  
las calles. Siempre están en casa. No les juzgo, yo también lo  
hago y más razón cuando la niebla es así de densa.

Cuando me di cuenta de que aquí el ritmo de vida era diferente al de  
cualquier ciudad entendí que Duskford y sus habitantes estaban  
aislados del resto del mundo. La mala señal y la mala comunicación  
son un gran ejemplo de esto. No conocía a ninguno de mis vecinos,  
de hecho, llegué a pensar que jamás conocería a nadie de la zona.  
Eso fue hasta que un día, me encontré a Salus.

Salus era una persona alegre, demasiado para alguien que vivía en un  
lugar así. No era risueño, pero sí optimista. Era una persona sensible y  
se veía en su mirar que la vida no había sido justa con él. Lo conocí  
a los meses de llegar, él estaba muy sorprendido de que alguien se hubiera  
mudado al pueblo. Desde entonces, fue la única persona con la que  
interactué por mucho tiempo.

Salus vivía en la parte baja del pueblo, siempre decía que se mudaría, pues allí abajo es oscuro y frío. En un principio le había seducido la idea de mudarse a una casa grande y espaciosa, pero ya no parecía gustarle vivir allí. Es por eso que creo que venía a visitarme. Muy a menudo. Si no fuera por él, yo no saldría tanto como lo hago de casa.

Solemos dar paseos por el pueblo y a veces nos sentamos en la orilla del lago, que debido a la niebla parece un inmenso océano. Este es nuestro lugar favorito, ya que en esta parte de Duskford la brisa te hace sentir una calma profunda. No es que en el resto de Duskford esto no suceda, de hecho, Duskford tiene esa magia que adormece, pero en el lago ese sentimiento es más profundo. El tiempo pasa muy rápido aquí. La paz de este lugar te abstraerá y he de decir que la voz calmada de Salus hace que el lago parezca aún más un sueño.

Cada día que bajábamos al lago Salus tenía siempre algo nuevo que decir.

- ¿Alguna vez te has planteado volver a ir a la ciudad? - me preguntó Salus aquel día.

- No sé, la verdad que me gusta estar aquí -

- ¿No echas de menos Berlín?

Yo simplemente sonreí y respondí: ¿Acaso echas algo de menos?

Él miró hacia el lago infinito, luego a las puntas de sus pies.

- Me gusta estar aquí, tener tu compañía y este lugar parece que ha sido siempre mi hogar, pero hay algo que me impulsa a querer salir de nuevo.

Yo asentí.

- Entiendo, pero no creo compartir ese deseo. Este lugar me ha dado todo lo que yo necesitaba. Paz, y allí fuera no hay.

Salus asintió. Sé que él no compartía mi visión. Habíamos llegado a ser amigos, pero Salus y yo éramos completamente diferentes. Él era alguien que había venido aquí porque fue rechazado por la sociedad en la que él había trabajado tan duro por encajar. Yo, en cambio, había venido por motu proprio huyendo de un lugar al que no quería pertenecer.

Tras esa conversación, pasó mucho tiempo antes de que volviera ver a Salus, mucho. Incluso llegué a pensar que algo malo le había pasado. Eso fue hasta que un día de tormenta Salus llegó a mi casa acompañado por alguien.

-Perdón, he estado mucho tiempo sin verte. También, siento venir un día como este, pero quería presentarte a Libert.

Un joven alto me saludó, tenía una sonrisa grande y brillante acompañada de unas ojos miel sinceros y amables.

-Hola, soy Libert. Un placer-

Él extendió su mano, y yo la tomé. Le di un respetuoso apretón.

-¿Qué te trae a Duskford? ¿Eres un nuevo vecino?

El de ojos miel negó con la cabeza.

-No, llegué al pueblo por equivocación. Estoy de paso. Me encontré a tu amigo mientras deambulaba por las calles. Es imposible guiarse con esta niebla, además siento que me ahogo.

Mire a Salus y luego a él de nuevo.

-Entonces... ¿cuál es tu objetivo?

Salus habló

-Venimos a recogerte, nos vamos.

-¿Qué?

-Sí, quería invitarte para que vinieras con nosotros. Eres un buen amigo y seguramente podíamos empezar de nuevo en un sitio mejor que este.

Abrí mi boca, pero fui interrumpido por Libert

-No sé como podéis vivir aquí, pero este pueblo definitivamente no es sano. Yo puedo ayudaros en todo lo que necesitéis.

No pude evitar hacer una mueca. ¿Quién se creía que era para actuar como nuestro salvador?

-No, gracias. Estoy bien aquí

-Pero, por favor

No escuché las plegarias de Salus.

-Iros vosotros, yo estaré bien. Es la oportunidad que estabas buscando Salus, puedes irte de aquí. No te preocupes por mí, yo no necesito ser salvado, puedo salir de aquí cuando yo quiera.

Salus intentó insistir, pero Libert lo detuvo

-Esta bien. Llamanos si nos necesitas.

Se despidió y se montó en su coche. Salus me dedicó una sonrisa triste y lo siguió. Yo solo pedía preguntarme como pretendería que lo hiciera con la mala cobertura que había.

Se marcharon, al principio no lo procesé. Me había acostumbrado a este sitio gracias a su falta de cambio, pero ahora que eso había sido interrumpido este sentimiento de paz no parecía regresar a mi cuerpo.

¿Acaso había cometido un error al quedarme? ¿Me había quedado solo y atrás? ¿Sería esto muy diferente de como hubiera sido si me hubiera quedado en Berlín?

Mi mente siguió así durante horas, era la primera vez en mucho tiempo donde algo más que la nada inundaba mi pecho. Una asfixia que apretaba mis pulmones sin piedad.

Salí a la calle, mala idea. La niebla estaba baja y respirar se volvió aún más complicado. Quise despejarme así que me dirigí al bar con una mano agarrando el cuello de mi camisa, alejándolo de mi pecho intentando, inútilmente, mejorar mi respiración. La niebla, bella pero cruel formó figuras de vapor a mi alrededor. Personajes que llenaban las calles que siempre habían estado vacías. Las figuras se chocaban contra mí y el vapor en mis ojos me desconcertaba. Sin previo aviso me tropecé y caí al suelo. Me tomó unos segundos recuperarme del impacto.

Cuando por fin pude mirar hacia arriba, vi que donde mis pies habían caminado no era el bar, sino la entrada del pueblo, la niebla se disipaba según te acercabas a esta. Mis pulmones estaban a punto de explotar. Decidí arrastrarme por el suelo para gastar cuanto menos oxígeno posible. Me arrastré hacia la entrada, cada movimiento una punzada más en mi pecho. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos. La niebla se metía por mi nariz y hacía arder mis pulmones. El cartel de Duskford

estaban muy cerca, pero no me quedaban fuerzas para pedir ayuda, nadie probablemente podría oírme, pero aún así, desesperado, y con mi último aliento pedí ayuda. Mi voz resonó por el pueblo, mi propio eco me devolvió la llamada de auxilio. Estaba solo. Mis ojos se empezaban a cerrar por la falta de oxígeno. Entonces sentí algo tirar de mí. Como un hilo invisible que tiraba de mi brazo hacia la salida.

-Tienes que desearlo-

Una voz susurro

-Tienes que desear salir-

Mis ojos se cerraron por completo, no podía ver nada. Quería rendirme, pero la voz insistía

-Forma parte de la niebla y quédate para siempre o sal y vive-

Al oír la voz, una fuerza salió de mí. Extendí la mano hacia la nada y algo la tomó. Fui arrastrado, no estaba seguro si física o espiritualmente pero lo sentía. La voz seguía animando.

-Lo haremos juntos, saldremos, pero solo podemos si tú obligas a la niebla a dejarte ir.

Agarre más fuerte y con todas mis fuerzas caminé. Seguí la voz y por un momento, lo que más deseaba era estar vivo y salir de allí. Entonces algo tiró fuertemente de mí y una luz me cegó e iluminó la oscuridad.

-----

-¡Has salido! ¡Estás aquí!

Aturdido, noté como me abrazaban

-Por favor, no te vuelvas a ir al pueblo de la niebla. Todo aquí fuera puede mejorar, allí no, la niebla solo te engaña y te destruye por dentro

Yo abracé de vuelta fuerte y entonces, ese olor tan familiar que creí haber olvidado volvió. Ese olor a fresa y sus cabellos de oro. Sus ojos zafiro buscaron los míos, Emily.

Al ver sus lágrimas solo pude arrepentirme de haberme marchado. Como podría haber olvidado todo lo que tenía fuera de Duskford. La miré a los ojos y se lo prometí.

-Te lo prometo que no volveré-

-Y yo prometo ayudarte a no volver-

Fin

★ Para todos aquellos a los que alguna vez se sintieron en tinieblas, no os rindáis, siempre hay algo por lo que luchar, siempre hay una salida de Duskford ★

